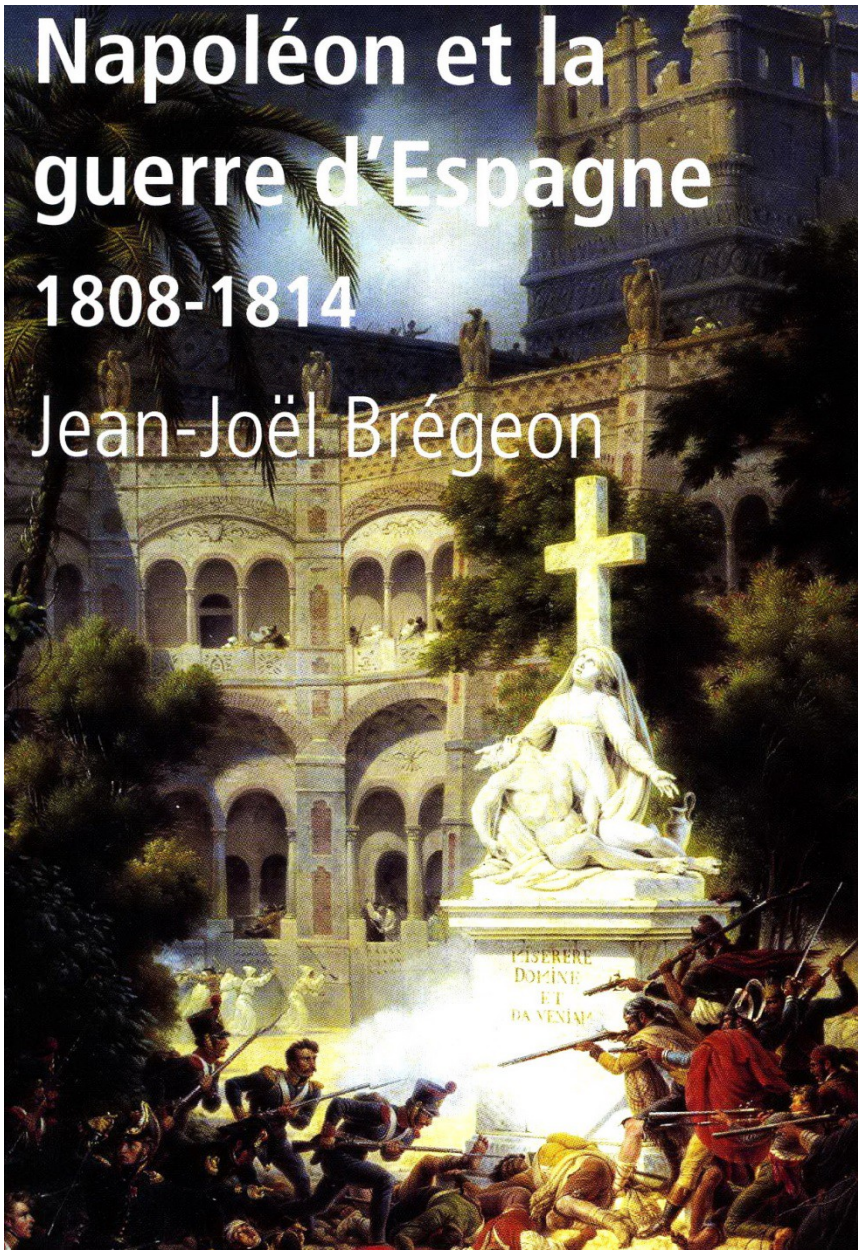
Hemos localizado el libro titulado ***NAPOLÉON ET LA GUERRE D'ESPAGNE 1808-1814***, cuyo autor es el historiador francés **JEAN-JOËL BRÉGEON**, del que presentamos, traducido al español, el capítulo **ZARAGOZA LA HEROICA**, para que se incluya en la web de nuestra Asociación "Los Sitios de Zaragoza", y que destaca por su notable interés y sensibilidad en el tratamiento de los acontecimientos ocurridos en nuestros Sitios de los años 1808 y 1809. Si bien Ediciones Perrin lo publicó por primera vez en 2006, nosotros hemos utilizado la edición de 2013, que revisa y amplía el contenido de la anterior.

Por **JAVIER CAÑADA SAURAS**

Noviembre 2017



# ZARAGOZA LA HEROICA

Tres sitios memorables jalonan la historia de España. El de Numancia, ciudad muy cercana a Soria, que resistió durante más de diez años los ataques de los romanos. El año 134 antes de Cristo, Escipión Emiliano le infligió un asedio que causó la muerte de los numantinos por hambre. Según Apiano, sólo quedaban ya un centenar en rendirse, "demasiado destrozados para servir de esclavos". Numancia fue incendiada y arrasada.

En 1582, Miguel de Cervantes hizo representar *Numancia*, una tragedia en cuatro "jornadas". Basándose en fuentes romanas, imagina al niño Viriato, único superviviente de su ciudad, lanzándose al vacío para escapar de los romanos. Antes que él, los numantinos habían matado a sus mujeres y a sus hijos, después ellos mismos se habían inmolado. La *Numancia* de Cervantes es una de las tragedias más fuertes del repertorio español; y ha conseguido varias imitaciones hasta la de Antón Saviñón, *Numancia, tragedia española*, representada al final de la Guerra de la Independencia, en 1813.

Desde 1808, el general Palafox que dirige la guarnición de Zaragoza (a 200 kilómetros de Soria) hace representar la obra de Cervantes para enardecer más a los defensores. El sitio de Zaragoza es el más terrible de una guerra que ha conocido muchos otros, Badajoz, Cádiz, Ciudad Rodrigo, San Sebastián, Valencia, Gerona… Llevado a cabo por dos veces por los franceses, es el más sangriento de todos.

Como en el siglo siguiente -- el asedio del Alcázar de Toledo (1936), llevado a cabo por los republicanos contra la guarnición nacionalista --, el sitio de Zaragoza destaca por hechos de armas, por gestos heroicos y extremadamente sublimes. Todos más o menos verificables pero inscritos en un gesto matricial que alimenta la identidad nacional. Así como desde el niño Viriato hasta el hijo sacrificado del coronel Moscardó en 1936, pasando por Agustina de Aragón, pura jovencilla que detiene la carga de los franceses cogiendo una mecha de las manos de un artillero moribundo; desde Numancia al Alcázar de Toledo, pasando por Zaragoza, todo queda probado hasta el final por una historiografía virtuosa y patriótica.

En el caso de Zaragoza, no falta el mito para enterrar los hechos. No hay nada que tomar, o únicamente, los relatos tradicionales del conde de Toreno o José Gómez de Arteche, cuya interminable *Historia militar de España* (1868-1903) sólo podía dedicar un lugar a "la siempre heroica Zaragoza". Del uno al otro pasando por Pérez Galdós que le consagra uno de sus *Episodios nacionales* (1875), es siempre la misma historia del sitio de Zaragoza. Una imaginería inalterable, intocable e incluso sagrada: su brillante jefe joven, José de Palafox y Melzi, ejemplar conductor de hombres, patriota intratable tal como lo ha inmortalizado Goya; sus frailes y curas siempre en la brecha, rezando, animando a los combatientes, con sus manos negras de pólvora; sus mujeres nobles o plebeyas, de mala vida o vírgenes delicadas que llevan a los cobardes a las barricadas; sus jefes improvisados salidos del pueblo… Los franceses, en fin, crueles, ladrones, dirigidos por jefes codiciosos, y que no han vencido a la "Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica, Siempre Heroica, Muy Benéfica e Inmortal Ciudad de Zaragoza", a la que han hecho pasar hambre y esperan que el tifus aniquile a sus defensores.

Durante ciento cincuenta años, Zaragoza ha embalsamado su historia. La ciudad se ha cubierto de monumentos: en medio del Coso, la arteria principal que corta el dédalo urbano, un ingenio alado abraza a uno de los mártires de la religión y de la patria (1908); la puerta del Portillo, el monumento a Agustina de Aragón; por todas partes, en el Puente de Piedra, en los muros de los conventos y las iglesias, unas placas

saludan a tal o cual defensor; la casa en que vivió Palafox durante el asedio, la de Agustina; la Casa Blanca en la que el mariscal Lannes dictó la capitulación…

En el museo de Bellas Artes, una floración de pinturas académicas adornan el tema de la "siempre heroica". Alvarez Dumont pinta "La defensa del púlpito de San Agustín" con un puñado de hombres que vociferan su rabia de morir por las balas de los *gabachos*. Una obra que que no tiene nada que envidiar al *Ataque al convento de Santa Engracia el 27 de enero de 1809* por el barón Lejeune, herido aquel mismo día. Una pintura que encanta a los enamorados de la uniformología, a los enamorados del detalle verdadero pero que no escapa a los tópicos propios de esta clase de composición. Frente al general Lacoste – muerto algunos días más tarde – que arrastra a los zapadores y a los legionarios polacos, españoles de costumbres de opereta empujados por monjes crueles y mujeres desenfrenadas. Este mismo barón Lejeune, oficial de ingenieros en la época de la guerra de España, ha dejado unas *Memorias* muy agradables de leer que proporcionan anécdotas "horribles" o "conmovedoras" inverificables…

Pero ya es hora de contar un asedio tan notable de la guerra de España.

Ante todo, Zaragoza, capital de Aragón. Ciudad "levítica" por excelencia con su catedral, la Seo, y su otro gran santuario, Nuestra Señora del Pilar, que lleva a los peregrinos hasta la Señora milagrosa, revestida con una capa cubierta de estrellas de piedras preciosas. Al principio de la guerra, Zaragoza cuenta con alrededor de 50.000 habitantes, cifra que va a crecer a partir de junio de 1808 por la afluencia de defensores hasta alcanzar los 70.000 u 80.000 individuos en un exiguo perímetro.

La ciudad está construída en la orilla derecha del Ebro, con un barrio en la otra orilla unido por un único puente; un afluente, el Huerva, la abraza y la rodea. El Monte Torrero domina la ciudad, a sus pies fluye el canal de Aragón que conduce hasta Tudela, cien kilómetros hacia arriba. Zaragoza sólo dispone de mediocres fortificaciones pero sus conventos, sus casas "fuertemente construídas, algunas en piedra, otras en ladrillo (…), la mayor parte de dos pisos, cada uno de ellos abovedado de forma que queda casi a prueba de bombas" (Napier), van a mostrarse particularmente temibles, incluso inexpugnables para los franceses.

Nada más conocer el levantamiento de los madrileños, Zaragoza toma las armas. Una junta designa a José Palafox, brigadier de los guardias de Corps, íntimo de Fernando VII, como su capitán general y le ordena que ponga la ciudad a la defensiva. José Palafox tiene veintiocho años, ha salido de un prestigioso linaje aragonés. El hombre tiene brillo, orgullo, expresión, sentido de las fórmulas. Se define intratable, incansable. Al general Verdier que le ordena rendirse, en agosto de 1808, se limita a reponder: "¡Guerra hasta el cuchillo!" Después del segundo sitio, cae enfermo pero continúa dando órdenes desde su lecho.

En realidad, Palafox sólo tiene una pobre capacidad militar. Su determinación y quizás incluso su coraje están ausentes hasta el punto de que la junta lo manda vigilar. Lucas-Dubreton lo rebaja hasta "un caudillo fantoche (…), una muestra abigarrada, pero respetada, adulada incluso, el ídolo de las mujeres". En todo caso, tiene a su alrededor oficiales aguerridos como el coronel Saint-Marcq, un oficial flamenco al servicio de España, el capitán Cerezo, el ingeniero militar Sangenis… Por parte de los civiles, se distinguen improvisados jefes, bastante mal conocidos, llamados por sus motes, el Tío Jorge, que tiene un café; el contrabandista Pedro; un pequeño jefe de barrio, el Tío Marino… Junto a ellos, los nobles zaragozanos ocupan posiciones sin personalidad. Nada que ver con los dos inspiradores del sitio, don Basilio Boggiero de Santiago y el carmelita Santiago Sas; los dos verdaderos monjes soldados, el primero que aconseja a Palafox, el segundo conocido por sus sermones furiosos y que se jacta de haber degollado a una quincena de franceses. Además, el obispo y el alto clero parecen ya en retirada.

Las zaragozanas forman un verdadero batallón de “amazonas” en el que se mezclan las heroínas ficticias y las verdaderas “Juana Hachette” del sitio. Una noble dama, la Condesa de Bureta, que se desvive sin parar cuidando a los heridos, y, sobre todo, María Agustina, hija del pueblo, siempre en la brecha para apuntar los cañones y que se convertirá en Agustina Zaragoza, “la personificación misma de la ciudad” (Lucas-Dubreton). Un memorialista francés, François-Frédéric Billon, la describe como otra Minerva, con coraza y casco, que él mismo ha capturado y con la que ha querido casarse para salvarle la vida. Ella lo ha rehusado con indignación, antes de saltar por una ventana y huir. Bello ejemplo de recuerdo fantástico que se remonta hasta Byron, muy entusiasta de este tipo de heroínas.

Mientras las mujeres atienden a los combatientes y se dedican a alimentar a su familia, todos los zaragozanos no tienen el heroísmo igualmente dispuesto. Unos se contentan con sobrevivir como el *alguacil* del tribunal Faustino Casamayor que se queda en su casa y se limita a escribir un minucioso diario.

Los altos personajes de la ciudad parecen superados y temen sobre todo la destrucción de sus bienes. Al final del sitio, Junot les obligará a firmar la capitulación advirtiéndoles de que está preparado para volar sus viviendas particulares.

Como lo demuestra enérgicamente Napier, la resistencia encarnizada de Zaragoza se mantiene gracias a la combinación de estas particularidades:

- Si se llevó a cabo aisladamente, sin unión con la Junta central, esta resistencia se aprovechó de una fuerza de combatientes excepcional, muy superior en número a los franceses.

- El dispositivo urbano, el hecho de que cada casa tenía la estructura y la capacidad de resistencia de un fortín convertían a la guerrilla urbana particularmente costosa al asaltante.

- Nunca el clero hizo tanta demostración de su influencia moral y política en la población.

- Los franceses llevaron a cabo el sitio por dos veces y esta interrupción reforzó tanto la determinación más que las capacidades militares de los sitiados.

- El mando francés fue vacilante e incluso torpe, hasta la llegada, tardía, del mariscal Lannes.

El PRIMER SITIO DE ZARAGOZA comienza el 15 de junio de 1808 y acaba dos meses más tarde. Lo justifica la necesidad de ampliar el perímetro controlado por los franceses y abrir el eje del Ebro que lleva a Cataluña. Pero la capitulación de Dupont en Bailén obliga a los franceses a levantar el sitio que ya ha costado muchos hombres.

El general Lefebvre-Desnouettes cree llevar a cabo la parte fácil. En algunos días, cerca la ciudad y lanza un primer asalto que lleva a los franceses al pleno corazón de Zaragoza. El pánico es tal entre los aragoneses que Palafox y su hermano Francisco preparan ya su huída; en el último momento, el Tío Jorge y sus amigos les obligan a quedarse. Después los franceses retroceden, sorprendidos por su propia audacia, y se retiran de la ciudad. Este retraso es aprovechado por los zaragozanos. El coronel de Ingenieros Caballero explica:

“El pueblo que, quizás, hubiera cedido ante una gran fuerza, viendo la vacilación y el respeto con que se le trataba, redobló su actividad y sus esfuerzos. Se colocaron piezas de fuego en las puertas, se reforzó la muralla del recinto, y se hicieron parapetos con sacos de tierra en las diferentes avenidas con tanta rapidez que veinticuatro horas bastaron para poner la ciudad al abrigo de un golpe de mano.”

En fin, fuera de Zaragoza, Palafox busca reagrupar todos los elementos armados que recorren Aragón pero es incapaz de conducir este ejército improvisado. Entonces, regresa a Zaragoza y allí se encierra. Reforzado por una división de infantería (general Verdier), Lefebvre-Desnouettes desencadena un nuevo ataque que no conduce a nada. Llamado por el mariscal Bessières, deja al mando a Verdier que sólo dispone de 15.000 hombres. El 3 de agosto, los franceses vuelven al ataque y, ante la negativa de Palafox a rendirse, los combates se reanudan al día siguiente. La apertura de una brecha en el convento de Santa Engracia hace creer que se está a punto de terminar. Los sitiados comienzan a huir por el barrio y se dejan masacrar por la caballería francesa. Pero la obstinación del atacante a dedicarse más tiempo al pillaje que a batirse obliga a Verdier a retirarse, no sin haber dejado incendiado el hospital de los locos: "… los locos que estaban encerrados allí salieron entonces y se mezclaron entre los combatientes, unos mascullando entre los dientes, otros gritando, cantando, haciendo muecas, según lo que les sugería su tipo de locura…"

Una semana más tarde, el 12 de agosto de 1808, los franceses levantan el sitio y se repliegan hacia Logroño. Zaragoza grita victoria y cura sus heridas.

Pero sólo va a conocer la tregua hasta su regreso el 20 de diciembre, y se dedica estos cinco meses a reforzarse. Las fortificaciones son objeto de "trabajos inmensos"; todo el mundo está en la tarea, la mujeres se emplean en talleres de vestuario, los frailes a hacer cartuchos; los almacenes se llenan de trigo, de aceite, de vino, de bacalao y de garbanzos, con lo que mantenerse seis meses al menos. En cuanto al armamento, cada zaragozano en estado de luchar dispone de un fusil "de calibre español o inglés"; el parque de artillería está provisto de 160 bocas de fuego de los que "60 piezas son de 16 o más".

Palafox está siempre brillante, hasta en los límites de lo grotesco; y así dirige esta proclama a los madrileños: "Tan pronto como me haya liberado de la canalla que se ha atrevido a asaltar mis murallas, volaré en vuestro socorro. Ahora apenas tengo tiempo para limpiar mi espada, siempre teñida de sangre de estos miserables…"

Las fuerzas de las que dispone Palafox están revueltas, tropas regulares llegadas a Zaragoza al término de las derrotas sufridas durante los meses que han precedido a la llegada de Napoleón. Hay guardias españolas, guardias valonas, suizas, regimientos aragoneses, murcianos, valencianos, extremeños; los habitantes de Zaragoza están formados por *tercios* de carácter profesional; la Universidad ha proporcionado un batallón de estudiantes, los gremios han hecho lo mismo. El mando queda en manos de militares de carrera, de los que muchos son extranjeros e incluso franceses (el barón de Warsage). La vigilancia de la población y la policía política vuelven a ser un cuerpo de *almogávares*, espías y delatores a la vez, que levantan horcas en la ciudad.

En esta época, a esta ciudad movilizada hasta el extremo, Francisco de Goya regresa para saludar a sus compatriotas y a su jefe glorioso. Entonces muestra sus simpatías fernandinas que le han llevado a realizar un gran retrato ecuestre de Fernando VII. En Zaragoza, hace posar a Palafox. Pero, sobre todo, el espectáculo de la ciudad, los relatos que escucha, todo lo que se le dice de las escenas de pillaje, de las violaciones, de las atrocidades, del vagabundeo de los locos por la ciudad, le inspiran las 82 planchas grabadas de los *Desastres de la guerra*. Varias de ellas agotan su inspiración en el primer sitio de Zaragoza, poniendo en escena a Agustina de Aragón -- *¡Qué valor!* --, las escenas de violación, las zaragozanas en el combate, los osarios, las horcas, los cuerpos destripados, mutilados… Como lo ha mostrado Paul Guinard, Goya no tiene espíritu partidista; varios de sus amigos han pasado al servicio del rey José – Moratín, Meléndez Valdés --, otros se han unido a la Junta central (Jovellanos); él mismo está vacilante, "observa la actitud, prudente y sin gloria, del hombre llegado, con una larga paciencia, y que tiene que conservar su título de "pintor de cámara"… En este punto de vista un poco severo, es justo y sobre todo importante añadir que, al

descubrir los horrores de la guerra, Goya se anima de una humanidad que le lleva a poner de espaldas a los protagonistas y tomar el partido exclusivo de las víctimas. Con esta certeza: “Ser parcial, es ser ciego; entonces, la única catástrofe es la derrota. Pero si se es imparcial, no hay ninguna esperanza, ningún remedio. Derrota o victoria, nada atenúa el rigor del cataclismo, el peso del mal.”

El SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA comienza cuando Madrid está en manos de Napoleón (desde el 4 de diciembre) y se prepara para rechazar a los ingleses de Moore. Va a prolongarse después del reembarco de los británicos y las derrotas sufridas por los generales fernandinos, Juan de Vives, La Romana, Venegas… De todos estos acontecimientos, los zaragozanos se enteran, desconocidos o deformados. Sus jefes se reservan la exclusividad de las malas noticias y dejan a sus portavoces extender rumores entusiastas: la huída de Napoleón perseguido más allá de los Pirineos, la muerte o captura de varios de sus mariscales…

Antes de abandonar Madrid, Napoleón diseña el plano del asedio de Zaragoza. Confía su ejecución a los Cuerpos 3º y 5º. El 3º Cuerpo está situado al mando del mariscal Moncey, el 5º al del mariscal Mortier. En total, 35.000 hombres que se presentan, en tres columnas, el 20 de diciembre, en Zaragoza. Buenas tropas y un mando de calidad pero al que le falta un verdadero espíritu de decisión. El cambio de Moncey por Junot, después, la marcha de Mortier, no arreglan nada y acaba en un verdadero estancamiento hasta la toma del mando por Lannes, el 27 de enero. Él va a dar el impulso final que va a permitir tomar Zaragoza en menos de un mes.

Hasta la llegada de Lannes, la responsabilidad técnica del asedio incumbe al general Lacoste que manda los ingenieros del 3º Cuerpo. Este joven oficial, brillante ingeniero, tiene toda la confianza del Emperador. Después de haber colocado un puente de barcos en el Ebro, ha combinado varios ataques que se han revelado como decepcionantes, incluso aunque algunas posiciones importantes han pasado a los franceses, el convento de San José, el de los capuchinos, la producción de aceite. Pero lo más importante queda por hacer: las redes de las casas, atrancadas, macizas, que sólo pueden destruir las minas.

El mando de Lannes consigue en seguida hacer sentir sus efectos. Su contacto con los hombres es abierto, atento y constante. A diferencia de Junot, valora toda la dificultad de un asedio parecido, el precio para acabar con él. El 24 de enero, propone a Palafox una rendición ventajosa pero este último la rechaza desdeñosamente desde su lecho. El 27, Lannes lanza su primer asalto que sólo ocasiona pobres resultados costando 186 muertos y 593 heridos. Lannes prefiere prevenir a Napoleón:

“Nunca, sire, he visto tanto encarnizamiento como el que ponen nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto mujeres dejarse matar delante de las brechas. Hay que tomar casa a casa. Si no se toman grandes precauciones, perderíamos mucha gente (…). El sitio de Zaragoza no se parece en nada a la guerra que hemos hecho hasta ahora (…). Estamos obligados a tomar con las minas o al asalto todas las casas. Estos desgraciados se defienden con tanto furor del que no se puede hacer idea. Sire, es una guerra que da horror.”

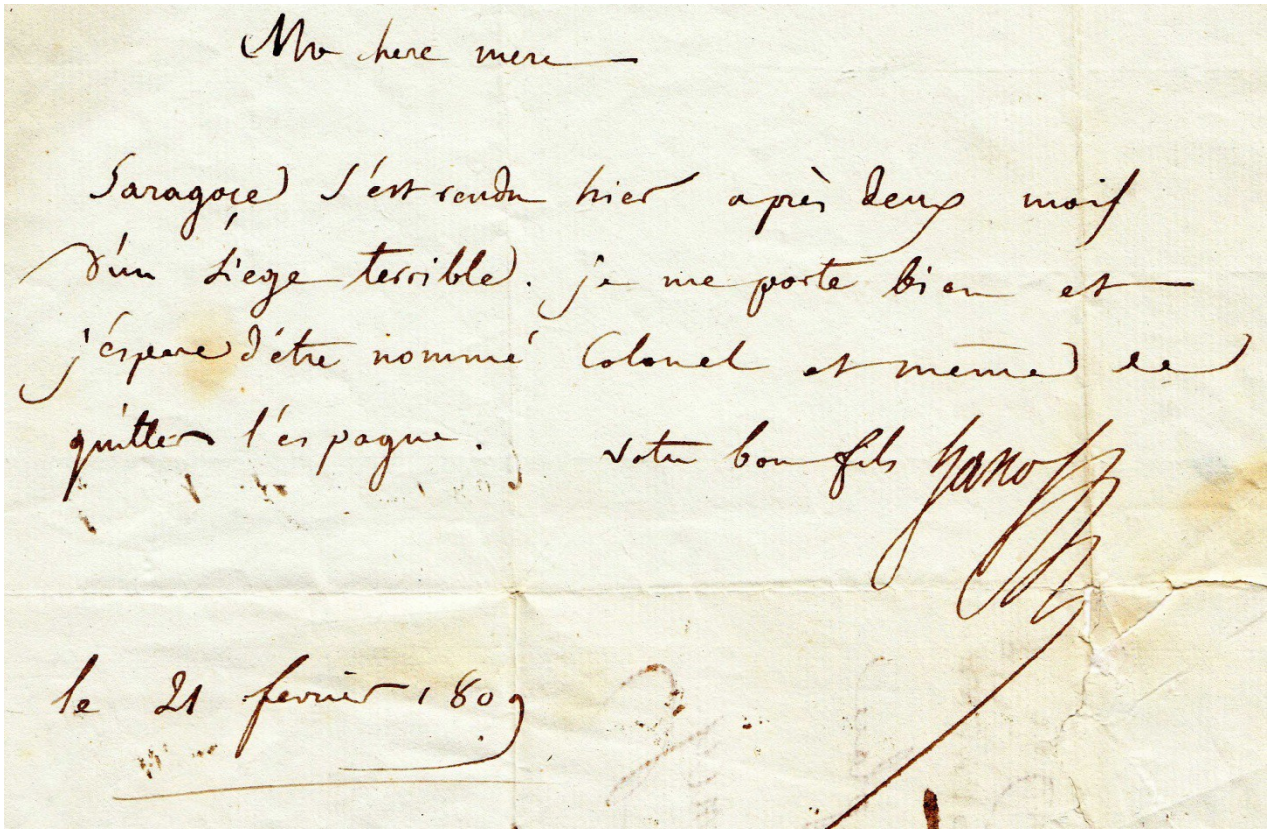
Lannes decide entonces acosar a los defensores, reduciendo sus pérdidas. Cuenta con el agotamiento de los zaragozanos menos por el hambre que por las epidemias, principalmente el tifus, que causan estragos en la población. Se habla de 400 a 500 muertos diarios en las dos últimas semanas del sitio. Pero los franceses están también en mala situación, al menos moralmente. El joven teniente Thomas Bugeaud escribe a su hermana: “ (…) Estamos siempre en esta maldita, en esta infernal Zaragoza. Aunque nos hemos apoderado de sus murallas desde hace más de quince días y seamos dueños de una parte de la ciudad, sus habitantes, excitados por el odio que nos tienen, por los curas y el fanatismo, parecen querer enterrarse en las ruinas de su ciudad, a ejemplo de la antigua Numancia.

"(…) Todo se lucha metro a metro, desde la bodega al granero, y sólo cuando se ha matado totalmente a golpes de bayonetas, o tirado todo por las ventanas, cuando uno puede considerarse dueño de la casa… ¡Ah! Mi buena amiga, ¡qué vida!, ¡qué existencia! Hace dos meses que estamos entre la vida y la muerte, entre cadáveres y ruinas."

Este testimonio se une al de Caballero cuando éste, a propósito de los más duros combates (8-10 de febrero de 1809), refiere:

"En el ataque del centro se continuaba luchando de habitación en habitación; el paso de cada puerta o de cada escalera se disputaba cuerpo a cuerpo. Se tiraban granadas de piso en piso, rodaban obuses que, a veces al estallar, destrozaban igualmente a los que les pegaban fuego y a los que iban destinados (…); cuanto más terreno se había perdido, más se defendía tenazmente el que quedaba…"

El 18 de febrero, un ataque general conduce a la toma del barrio, de la arteria principal, el Coso, y de la Universidad. Por todas partes, los defensores comienzan a rendirse. Palafox pide una tregua de tres días, después se retira a su tienda, dejando a los miembros de la Junta discutiendo sobre la decisión a tomar. Los jefes populares se inclinan por un combate hasta el final, los nobles y los jefes militares encuentran razonable negociar… Buscan garantías por parte de Lannes que les atemoriza, les amenaza de hacer saltar todo por los aires; les señala los puntos de la ciudad que están minados. El jefe de la Junta, Don Pedro María Ric, firma el acta de capitulación, con la muerte en el alma.


Ma chere mere —

Saragoce s'est rendu hier après deux mois d'un siège terrible. je me porte bien et j'espere d'être nommé Colonel et même de quitter l'espagne. Votre bon fils Gamot

le 21 fevrier 1809

Col. Mollat

El 21 de febrero, los últimos combatientes – 8.200 – entregan las armas y son enviados al momento, a pie, a Bayona. En cuanto a los jefes, conocen destinos diversos. A Palafox, perseguido por el rencor de Napoleón (que lo había visto en Bayona), se le lleva al torreón de Vincennes. Sólo saldrá de él a finales de 1813, por una oscura misión llevada a cabo cercana a Fernando VII; los jefes populares desaparecen, muertos en combate o ejecutados por los franceses; a los dos clérigos más vistos, Don Basilio y Santiago Sas, se les liquida "sin ruido" por orden de Lannes.

Por lo demás, Lannes manifiesta una relativa clemencia, preocupado ante todo por volver a dar una apariencia de vida a una ciudad que todavía no ha enterrado a todos sus muertos y en la que el tifus persiste: "Se necesitaba tierra para enterrar a los muertos; se hacían grandes fosas en las calles, en los patios, y había delante de todas las iglesias montones de cadáveres cubiertos de trapos, y que, a menudo desgarrados y dispersados por las bombas, ofrecían el espectáculo más horrible …"

Las pérdidas evaluadas son terroríficas: para los españoles, 50.000 muertos; para los franceses, más de 3.000 muertos y 5.000 heridos. Es natural, en estas condiciones, que Zaragoza haya pasado el resto de la guerra en un silencio total, convertida verdaderamente en letárgica y sufriendo con resignación el gobierno del mariscal Suchet, que la dirige. Ella será una de las últimas ciudades de España en ser liberada, durante el verano de 1813.

La clemencia de Lannes está manchada por una de esas *rapiñas*, algo corriente entre los mariscales alistados en España. Al excelente biógrafo de Lannes, Ronald Zins, le cuesta encontrar circunstancias atenuantes. De hecho, se trata, una vez más, de "regalos" ofrecidos a los vencedores por las autoridades de la ciudad; piedras preciosas tomadas del tesoro de la Virgen Nuestra Señora del Pilar; Mortier ha recibido un clavel de diamantes por valor de cien mil francos, Junot ha recibido su parte y Lannes "un magnífico ramo de flores con pedrerías". Pero, lo que es más grave todavía, es que les parece bien que Lannes haya exigido el depósito del tesoro en su casa y que se haya servido de esta ocasión para aprovecharla. Ronald Zins concluye, filósofo: "A pesar de algunas diferencias en sus relaciones, los testimonios prueban todos que Lannes vuelve a Francia con una verdadera fortuna. El procedimiento de la contribución de guerra para crearse una fortuna personal puede ser discutible, pero más bien es una actuación normal a través de los tiempos …"

Sólo que, con los franceses en la península, esta práctica alcanza proporciones tales que hay que remontarse al saqueo de Roma por los Imperiales en 1523 para relacionarlo con tales pillajes. Pero, entonces, se trataba de mercenarios mandados por un jefe acorralado, el condestable de Borbón.